

prenderla. Guarionex se puso á la cabeza del movimiento, aguijado por las instigaciones de Roldan, que le habia prometido ayuda y arrastrado por la falaz esperanza de librar sus señoríos del intolerable dominio de los extranjeros. Por medio de comunicaciones secretas con sus caciques tributarios, se concertó que se levantasen todos simultáneamente contra los soldados que estaban acuartelados en pequeñas partidas en sus lugares; y que les diesen muerte, mientras él, con una fuerza escogida, sorprendía y asaltaba la fortaleza de la Concepcion, valiéndose de la debilidad y desunión de sus defensores. Como podian los indios equivocarse el momento señalado; se decidió ejecutar el proyecto la noche de la luna llena.

Uno de los principales caciques, mal observador de las cuerdas celestes, se insurreccionó antes de la noche prefijada, y los soldados le repelieron. Desde luego se pusieron alerta todos los españoles. El cacique huyó donde se hallaba Guarionex, pidiéndole auxilio; pero este jefe, lleno de desesperación, mandó darle muerte en el acto.

Así que el Adelantado oyó hablar de este suceso, salió para la Vega con fuerzas numerosas. No esperó Guarionex su llegada. Comprendió que eran vanos todos los esfuerzos para deshacerse de aquellos extranjeros, que habian caído como una maldición sobre la isla, y viendo que su amistad era tan destructora como su aversión; trató de evitar una y otra. Abandonando sus bellos territorios y la antes dichosa Vega, huyó con su familia y una corta partida de fieles súbditos á las cordilleras de Ciguay, que se extienden por el Norte de la isla entre el mar y la Vega. Eran sus habitantes los mas robustos y corpulentos de la isla, y mucho mas formidables que los dóciles moradores de los valles. Parte de esta tribu fue la que en el primer viaje de Colon hostilizó á los españoles, cuando en el gofo de Samaná se derramó la primera gota de sangre nativa, vertida por los europeos en el Nuevo-Mundo. Recuerde el lector la franca y confida conducta de aquellas gentes el día despues de la acción, y la intrépida fe con que el cacique entró á bordo de la carabela del Almirante, poniéndose en poder de los españoles. A este mismo caudillo, llamado Mayonabex, pidió refugio y hospitalidad el fugitivo príncipe de la Vega. Se presentó en su residencia, que era una ciudad india, cerca del cabo Cabron, á diez leguas Occidente de Isabela, é imploró amparo para su mujer, sus hijos y una corta comitiva. El generoso cacique de las montañas le recibió con los brazos abiertos. No solo dió asilo á su familia, sino que le ofreció protegerle en su infortunio, defender su causa, y participar de su desesperada suerte. Los hombres de la cida civilizada aprenden la magnanimidad por preceptos; pero sus mas claras acciones no pueden rivalizar con los hechos del salvaje, que obra solo á impulsos de sus naturales inclinaciones.

CAPITULO VII.

CAMPAÑA DEL ADELANTADO EN LAS MONTAÑAS DE CIGUAY. (1498.)

Ayudado por su aliado montañés, y por las partidas de los ciguayos que le proporcionó este, Guarionex hizo varias escursiones á la llanura, cortando partidas sueltas de españoles, devastando las ciudades de los naturales que los continuaban obedeciendo, y destruyendo todas las cosechas. La llegada del Adelantado, resuelto á desalojar y exterminar tan formidable adversario, puso fin á tantos estragos. No economizando peligros ni fatigas, ni confiando á otros lo que podia hacer él mismo, salió en la primavera con una division de noventa hombres, algunos caballos, y un cuerpo de indios, para penetrar en las espesuras de las montañas de Ciguay.

Despues de pasar un rápido desfiladero, casi im-

practicable para las tropas, á causa de sus fragosas peñas y vegetación excesiva, descendió á un pintoresco valle extendido por la costa, y rodeado de las montañas que se adelantaban hácia el mar. Acechaban su paso por aquellos países los penetrantes ojos de muchos espías indios, escondidos entre las rocas y malezas. Al buscar los españoles el vado de un río á la entrada del valle, dos escuchas indios se levantaron de entre los arbustos de su orilla. Uno se arrojó de cabeza al agua y escapó á nado: el otro, hecho prisionero, dijo que seis mil indios estaban emboscados en la opuesta playa, con ánimo de atacarles al pasar el río.

El Adelantado avanzó cautelosamente, y hallando un lugar oportuno, entró en el agua con sus tropas. Apenas habian llegado á la mitad de la corriente, salieron los salvajes, pintados con horriblos colores, y tan disformes, que mas bien parecian furias infernales que individuos de la raza humana. Asordaron las selvas con sus gritos y alaridos. Descargaron una nube de saetas y lanzas, que hirieron á muchos españoles á pesar de la protección de sus escudos. El Adelantado continuó su camino por en medio del río, y los indios emprendieron la fuga. Algunos murieron allí; pero su ligereza en la carrera, su conocimiento del país, y su destreza en atravesar las espesuras, salvó la mayor parte del alcance de los españoles, á quienes incomodaban los petos, escudos, lanzas y ballestas.

Por consejo de uno de los guías indios, siguió el Adelantado por el valle con designio de atacar la residencia de Mayobanex en Cabron. Tuvo por el camino varias escaramuzas con los naturales, que repentinamente salían de sus emboscadas por entre las matas, descargaban sus armas con furiosos gritos de guerra, y se refugiaban de nuevo en las espesuras de sus rocas y selvas inaccesibles á los españoles.

El Adelantado envió á Mayobanex uno de los varios prisioneros que hizo, acompañado de otro indio de cierta tribu amiga, pidiéndole entregase al caudillo de la Vega, y prometiéndole amistad y protección si así lo hacia; pero amenazándole con pasar á fuego y sangre su territorio si se negaba á ello. El cacique escuchó atentamente al mensajero; cuando hubo acabado: «Dí á los españoles, contestó, que son malos, «crueles y tiranos; usurpadores de los territorios de «otros y derramadores de sangre inocente. Yo no «deseo su amistad; Guarionex es bueno, es mi amigo «y mi huésped, y se ha refugiado en mi casa; le he «prometido protegerlo y no faltaré á mi palabra.»

Esta magnánima réplica, ó mas bien reto, hizo comprender al Adelantado que nada adelantaria con negociaciones amistosas, y como cuando la severidad era necesaria, sabia obrar como riguroso soldado, inmediatamente mandó pegar fuego á la ciudad en que estaba y á otras de las cercanías. Luego envió mensajeros á Mayobanex, advirtiéndole, que si no entregaba al fugitivo cacique todos sus dominios sufrirían la misma suerte; y que pronto no veria mas que el humo y las llamas de sus abrasadas poblaciones. Los malhadados ciguayos, viendo la destrucción que les amenazaba, maldecían la hora en que se refugiaron Guarionex entre ellos. Rodearon á su caudillo dando lastimosos gritos, pidiéndole que salvase la patria entregando al fugitivo. Pero el generoso cacique se conservó inflexible. Les recordó las virtudes de Guarionex y los derechos sagrados que tenia á su hospitalidad; y declaró que estaba resuelto á sufrir todos los reveses, antes que dar margen á que se dijese: «Mayobanex vendió á su huésped.»

Los indios se retiraron tristemente, y el caudillo llamó á Guarionex, y le dió de nuevo palabra de protegerlo hasta á costa de sus dominios. No envió respuesta al Adelantado: y para que nuevos mensajeros no tentasen la fidelidad de sus súbditos, puso indios emboscados, con orden de dar muerte á cuantos en-

viados se acercasen. Poco tardó en presentarse la ocasión de ejecutar estas crueles órdenes. Dos hombres adelantaban hácia la floresta, de los cuales el uno era un prisionero ciguayo y el otro un indio aliado de los españoles. Ambos perecieron. El Adelantado los seguía á corta distancia, con solo diez infantes y cuatro caballos. Cuando encontró muertos á sus mensajeros en el camino del bosque, atravesados de flechas, se exasperó terriblemente, y resolvió conducirse con dureza respecto de aquella obstinada tribu. Avanzó con toda su gente hácia Cabron, donde estaba Mayobanex con su ejército. A su llegada huyeron los caciques inferiores y sus indios sobrecogidos de terror. Cuando el infeliz Mayobanex se vió abandonado, se refugió con su familia en una remota y escondida parte de las montañas. Muchos ciguayos buscaron á Guarionex para darle muerte, ó entregarle como ofrenda propiciatoria; pero habia huido á las alturas, errando solitario por los lugares mas salvajes.

La espesura de los bosques y la fragosidad de las montañas hicieron esta expedición en extremo penosa, y mucho mas larga de lo que habia creído el Adelantado. No solo sufría su gente cansancio, sino que tambien hambre. Los naturales habian huido todos á las montañas: sus poblaciones quedaron desiertas; y todos los víveres de los españoles consistían en pan de casaba y las raíces y yerbas que sus aliados indios podían recogerlos, con algunas útiás que casualmente cogían con la ayuda de sus perros. Dormían casi siempre á la inclemencia, y expuestos al mofítico rocío de aquel clima. Tres meses duró su campaña en aquellas breñas, hasta que quedaron rendidos de hambre y de cansancio. Muchos que tenían granjas cerca del fuerte de la Concepcion, que exigían su cuidado, pidieron permiso, ya que los indios estaban aterrados y dispersos, para volver á sus mansiones de la Vega.

El Adelantado concedió pasaportes á muchos, y raciones del corto acopio de pan que le quedaba. Se quedó solo con treinta hombres, y resolvió examinar con ellos todas las cavernas que tenían las montañas hasta hallar á los dos caciques. Era difícil, empero, descubrir sus huellas en medio de aquel desierto. No habia quien diese idea alguna de su refugio: todo el país estaba abandonado. Se encortraban habitaciones humanas, pero vacías; y si por una rara casualidad sorprendían algun infeliz indio bajando de las rocas en busca de alimento, manifestaba siempre la mas completa ignorancia del sitio en que se ocultaba su cacique.

Un día varios españoles, mientras cazaban útiás, cogieron á dos indios de la comitiva de Mayobanex, que iban á buscar pan á un lugar distante. Los llevaron al Adelantado, quien los obligó á declarar la guarida de su caudillo, y á servir de guías. Doce españoles se ofrecieron á ir en su busca. Poniéndose en cueros, pintándose el cuerpo como los indios, y envolviendo en palmas las espadas, fueron conducidos al albergue del desgraciado Mayobanex. Se acercaron á él con cautela, y le hallaron rodeado de su mujer, sus hijos y algunos empleados de su casa, sin temer ningun peligro. Los españoles desnudaron las espadas, se precipitaron sobre ellos, y los hicieron á todos prisioneros. Cuando los recibió el Adelantado, dejó de buscar á Guarionex y volvió al fuerte de la Concepcion.

Entre los presos se hallaba la hermana de Mayobanex. Era mujer de otro cacique de las montañas, cuyos territorios no habian visitado aun los españoles; y tenia la reputación de una de las primeras hermosuras de la isla. El tierno amor que profesaba á su hermano le habia hecho abandonar la seguridad de sus propios dominios, y seguirle por entre rocas y precipicios en todos sus trabajos, consolándole con la simpatía y bondad características de su sexo. Cuando el cacique su marido, que apasionadamente la amaba, supo su cautiverio, se encaminó con el mas profundo

dolor hácia la residencia del Adelantado, ofreciéndole someterse con todas sus posesiones al dominio español, si le devolvían su mujer. El Adelantado aceptó su vasallaje, y dió libertad á aquella belleza india con muchos cautivos de su comitiva. Mantuvo el cacique su palabra; fue útil y firme aliado de los españoles, cultivó para ellos muchas tierras y los proveyó de abundancia de víveres.

Nunca se perdía un acto bondadoso entre aquella sencilla gente. Cuando supieron los ciguayos la clemencia del Adelantado, acudieron á centenares á la fortaleza con presentes de varias especies, prometiéndole vasallaje, é implorando la libertad de Mayobanex y sus hijos. El Adelantado condescendió en parte con su súplica, dando la libertad á la mujer y familia del cacique, y deteniendo á este prisionero para asegurar la fidelidad de sus súbditos.

En tanto el desventurado Guarionex, que habia estado oculto en las breñas mas ásperas y remotas de las montañas, aguijado por el hambre, solia bajar á las llanuras en busca de alimento. Los ciguayos que lo consideraban causa de su infortunio, esperando con su sacrificio obtener la libertad de su caudillo, revelaron su retiro al Adelantado. Una partida salió inmediatamente á prenderlo. Se ocultaron en la senda por la cual regresaba generalmente á las montañas. Un día, cuando el infeliz cacique despues de una de sus famélicas escursiones, se retiraba á su caverna, le sorprendieron los españoles y le llevaron encadenado al fuerte de la Concepcion. Despues de tantas insurrecciones y del celo y perseverancia que en ellas habia desplegado, solo esperaba Guarionex la muerte, de la venganza del Adelantado. Don Bartolomé, empero, aunque rígido en su política, no era cruel ni vengativo. Consideró la tranquilidad de la Vega suficientemente asegurada con la prision del cacique, y le mandó detener en la fortaleza como prisionero. Concluidas las hostilidades en aquella parte de la isla, despues de tomar las debidas precauciones para impedir su reproducción, volvió Don Bartolomé á la ciudad de Santo Domingo, donde á poco de llegar tuvo el placer de abrazar al Almirante, despues de una ausencia de casi dos años y medio.

Tal fue la entendida administracion del Adelantado, la cual pone en evidencia su mucha capacidad, y el vigor intelectual y físico de aquel hombre formado y casi enseñado por sí mismo. Era excelente marino, legislador y soldado. Su ánimo y modales se elevaban espontáneamente al nivel de su posición, sin petulancia ni altanería, y ejercía un poder inexperado y extraordinario, con la moderación y sobriedad que debiera esperarse de un hombre nacido para el mando. Se le acusa de harto severo en el mando, pero no se cita un solo ejemplo de abuso de autoridad. Si era severo, era tambien justo; no nacieron de su rigor los desastres de su administracion, sino de las pasiones perversas de los que le obligaron á usarlo; y el Almirante, que tenia mas suavidad de modales y mas ternura de corazón, tampoco pudo captarse la voluntad y la obediencia de los colonos. El carácter de Don Bartolomé no está suficientemente apreciado en la historia; menos expansivo y menos amable que sus hermanos, no les era inferior en osadía y heroísmo.

LIBRO XII.

CAPITULO PRIMERO.

CONFUSION EN ESPAÑOLA. — PROCEDIMIENTOS DE LOS REBELDES EN JARAGUA.

(30 de agosto de 1498.)

LLEGÓ Colon á Santo Domingo cansado de su largo y árduo viaje, y quebrantada su salud por las diversas y peligrosas enfermedades que le asaltaron: su

ánimo y su cuerpo necesitaban reposo; pero desde que por vez primera entró en la vida pública, las dulzuras de la tranquilidad desaparecieron para siempre, sin un balsamo jamás en existencia combatida por tantos contratiempos. La isla de Española, norte de sus esperanzas, estaba decretado que le había de envolver en perpétuas vejaciones, encadenando su fortuna, impidiendo sus empresas, y llenando de amargura la conclusión de su vida. ¡A cuánta pobreza y padecimientos habían reducido aquella bella y opulenta isla las pasiones de algunos hombres despreciables! las guerras contra los indios, y las sediciones de los colonos, obstruyeron los trabajos de las minas, arrebataando así toda esperanza de riqueza. Los horrores que ocasiona el hambre, sucedieron á los horrores de las armas. Se abandonó generalmente el cultivo de la tierra; muchas provincias quedaron yermas y desoladas durante las últimas disensiones; gran número de indios había huido á las montañas y perdido el resto la asiduidad al trabajo, viendo que el producto de sus fatigas se lo arrancaban de las manos desalmados extranjeros. Es cierto que la Vega gozaba otra vez de la paz, pero era la paz que reina entre ruinas, era la paz de la desolación. Aquellas hermosas comarcas que cuatro años antes encontraron los españoles tan pobladas y tan felices, que parecían encerrar en su rico seno todas las dulzuras de la naturaleza, y excluir todos los cuidados y sinsabores del mundo, era ya un vasto teatro donde descollaban la miseria y desesperación, entre el fúnebre cortejo que acompaña al hambre y á la guerra. Muchas de aquellas ciudades indias, donde los españoles fueron recibidos con afable hospitalidad, y adorados cual si fueran benéficas deidades, estaban ya desiertas y silenciosas. Sus habitantes arrastraban el peso de su vida, y unos en rocas y cavernas, otros reducidos á la esclavitud, y muchos habían perecido de hambre ó acabado sus días al filo de la espada de los vencedores. Parece increíble que tan corto número de hombres, refrenados por buenos gobernadores, pudiesen en tan breve espacio de tiempo, producir tan lastimosos desastres. ¡Mas cuán funesta es la fuerza expansiva del mal! En mano del último de los individuos, son innumerables sus espantosos efectos, y el valor mas esclarecido, necesita reunir los mas generosos esfuerzos para conseguir que algun bien corone sus intentos.

Las perversas pasiones de los blancos, que tamañas calamidades hacían sufrir á aquellas tribus inocentes, les produjeron también á ellos bien merecidos padecimientos. En ningun otro punto se patentizó tan clara la justicia como entre los habitantes de la Isabela, los mas vagabundos, facciosos y disolutos de la isla. Las obras públicas quedaron paralizadas; las huertas y campos empezados á cultivar yacían abandonados; habían forzado á los indios á abandonar sus hogares martirizándolos por cuantos medios puede sugerir la avaricia, convirtiendo el país que los rodeaba en un solitario desierto. Indolentes en demasía para el trabajo, y desposeídos de recursos con que combatir su indolencia, querellábanse entre ellos mismos, y se amotinaban contra sus gefes, y desperdiciaban el tiempo en una alternación de tumultos y tristezas. La soldadesca acuartelada en la isla había sido acometida por frecuentes enfermedades durante los últimos movimientos, hallándose los hombres encerrados en lugares indios adonde no podían hacer ejercicio, y obligados á subsistir de alimentos á que no podían acostumbrarse. Los que habían estado en activo servicio, se hallaban sin fuerzas á causa de la mucha fatiga, largas marchas y escasos comestibles. Muchos debilitados también en su constitución, y muchos habían muerto de enfermedades. Había un deseo universal de salir de la isla y de escapar de las miserias que ellos mismos habían creado. Era esta,

empero, la privilegiada y feraz tierra en que tenían puestos los ojos los poetas y filósofos de Europa como realización de todos los ensueños inspirados por el Siglo de Oro. Tan cierto es que los mas bellos Eliseos que jamás pintó la mente, los convierten en purgatorio las pasiones de los malvados.

Al arribar Colon tomó la providencia de aprobar todas las medidas del Adelantado, y acusar las demasías de Roldan y sus camaradas. Aquel hombre turbulento había tomado posesión de Jaragua, adonde le recibieron bondadosamente los naturales. Permitía á sus asociados una vida lúbrica y ociosa por entre aquellas apacibles escenas, haciendo del país vecino y sus habitantes, instrumentos de bajas pasiones. Un suceso ocurrido antes de que supiese la llegada de Colon, lo proveyó de viveres y aumentó su fuerza. Un día que estaban paseando por la playa algunos de sus partidarios, vieron á cierta distancia tres carabelas, cuya apariencia, en aquellas no frecuentadas mares, los llenó de admiración y zozobra. Los buques se aproximaron á tierra y anclaron en un puerto. Recelaban al principio los rebeldes que viniesen aquellos bajeles en su persecución. Roldan, empero, que era tan sagaz como osado, adivinó que serían barcos separados de su rumbo, traídos allí por las corrientes, y cuyos capitanes ignorarían las ocurrencias recientes de la isla. Exigiendo un profundo secreto de sus gentes, se presentó á bordo, fingiéndose destacado en aquellas cercanías para mantener á los indios obedientes, y recaudar los tributos. Sus conjeturas respecto á los bajeles eran acertadas; y estos, los mismos descartados por Colon de su escuadra en las Canarias, para que trajesen provisiones á la isla. No sabiendo apreciar los capitanes el empuje de las corrientes que fluyen por el mar Caribe, habían navegado al Occidente mucho mas allá de lo que creían, hasta llegar al fin de la costa de Jaragua. Roldan y sus parciales guardaron el secreto por tres días. Considerándole persona de autoridad y confianza, no dudaron los capitanes en darle las provisiones y armas que les pidió. Así pudo adquirir espadas, lanzas, balistas y municiones; mientras sus partidarios, dispersos por los tres buques estaban activamente ocupados en hacer prosélitos, pintando á los recién venidos la vida dura de los colonos, de Sto. Domingo, y el libre desahogo con que se pasaba el tiempo en Jaragua. Muchos de la chusma se habían embarcado por consecuencia de la mal aconsejada proposición del Almirante para conmutar los castigos criminales en trasportación á la colonia. Eran vagabundos, la escoria de las ciudades de España, y los criminales de sus calabozos. Así no podía haber hombres mas propensos á dejarse seducir por tales pinturas, y prometieron desertar á la primera ocasión favorable, y unirse á los rebeldes.

Hasta el tercer día no descubrió Alonso Sanchez de Carvajal, el mas entendido de los tres capitanes, el carácter verdadero de los peligrosos huéspedes que tan francamente había admitido á bordo. Ya era demasiado tarde; el yerro estaba ya cometido. El y sus compañeros tuvieron muchas conversaciones vehementes con Roldan, esforzándose en inducirle á abandonar su peligrosa oposición á la autoridad legal. La certeza de que Colon venía ya en efecto hacia la isla, con mas poder y mayores fuerzas, había conmovido profundamente su ánimo. Sus amigos de Santo Domingo estaban encargados por él de justificarle ante el Almirante, á quien debían asegurar que solo había combatido la tiranía é injusticias del Adelantado; pero estaba pronto á someterse á Colon cuando llegase. Carvajal conoció que se iba apagando el fuego que antes animara á Roldan y á la mayor parte de sus gefes, y se lisonjeaba de que permaneciendo algun tiempo entre los rebeldes, podría atraerlos á su deber. Vientos contrarios impedían á la sazón que los

buques pudiesen combatir las corrientes emanadas de Santo Domingo; se dispuso, pues, entre los capitanes, que una buena porción de la gente que había á bordo, artifices y otros, cuya cooperación importaba al servicio de la colonia, fuesen á ella por tierra. Debía conducirlos Juan Antonio Colombo, capitán de una de las carabelas, parientes del Almirante, y ciego defensor de sus intereses. Arana debía hacerse á la vela con los buques, cuando lo permitiese el viento, y Carvajal se ofreció á permanecer en tierra, para esforzarse en reducir los rebeldes á sus obligaciones.

A la mañana siguiente desembarcó Juan Antonio Colombo, con cuarenta hombres bien provistos de balistas, espadas y lanzas; pero sufrió el inesperado contratiempo de verse repentinamente abandonado de todos ellos, esceptuando ocho. Los desertores marcharon en triunfo hacia donde estaban los rebeldes que recibieron gozosos aquel importante refuerzo de gente de su misma condición. En vano quiso Juan Antonio persuadirlos, y en vano los amenazó para que volviesen á sus puestos, los mas eran criminales convictos, amantes del desorden y enemigos de toda clase de leyes. También apeló á Roldan en vano, recordándole sus protestas de lealtad hacia el gobierno. Este replicó que carecía de medios para imponer á nadie el yugo de la obediencia; que el suyo no era mas que un mero *monasterio de observantes*, adonde todo el mundo podía tomar el hábito. Tal fue el primer triste resultado que dió el malhadado proyecto de poblar una colonia de facinerosos y gentes de mal vivir, mezclando el vicio y la villanía en su primitiva población, lo que dió lugar á una no interrumpida serie de dolorosas consecuencias.

Juan Antonio, triste y desalentado, volvió á bordo con los pocos que le eran fieles. Temiendo nuevas desertiones, los dos capitanes se hicieron desde luego á la vela, dejando á Carvajal en tierra para proseguir el proyecto de hacer entrar en buen camino á los rebeldes. No llegaron los bajeles á Santo Domingo sin grande dificultad y dilación: el de Carvajal encañó en un banco de arena, y padeció mucho por ello. Cuando entraron en el puerto, ya las mas de las provisiones estaban consumidas ó desmejoradas. Alonso Sanchez de Carvajal llegó poco despues por tierra, escoltado por algunos de los insurgentes hasta cerca de Santo Domingo. No había podido persuadirlos á la sumisión; pero Roldan prometió que al momento que supiese la llegada del Almirante, iría á los alrededores de Santo Domingo para estar á mano y formular sus resentimientos, sin cesar su conducta pasada, y entrar en negociación para el completo arreglo de todas las diferencias. Carvajal trajo una carta del mismo tenor á Colon, y dijo que se inclinaba á creer lo que había observado entre los rebeldes, que prestarían fácilmente obediencia si lo graban en prenda de seguridad una amnistía.

CAPITULO II.

NEGOCIACION DEL ALMIRANTE CON LOS REBELDES.—SALIDA DE LOS BUQUES PARA ESPAÑA.

(1498.)

Las favorables noticias y conjeturas de Carvajal no lograron impedir que el Almirante se conmoviese profundamente al considerar los lamentables sucesos acaecidos en Jaragua. Vió que la insolencia de los rebeldes, y la confianza que tenían en su propia fuerza, debía haber crecido mucho con la reunion de aquellos desalmados desertores, que llevaban consigo tan buenas armas. La proposición de Roldan de acercarse á Santo Domingo le sorprendió bastante. Dudaba de la sinceridad de sus ofertas, y tenía grandes males de tan artificioso, turbulento y osado caudillo, con una ciega y audaz chusma á sus órdenes. El ejemplo de aquella deamandada horda, que á su

placer recorría la isla, viviendo en desordenado y público libertinage, no podía menos de tener peligrosísimo efecto con los colonos recién venidos; y cuando estuviera cerca manejando secretas intrigas, y ofreciendo un seguro asilo á los descontentos y malhechores, la lealtad de toda la colonia podría destruirse.

Eran necesarias prontas medidas para fortalecer el ánimo de la gente contra tales seducciones. Sabía que tenían muchos de los suyos vehementemente deseo de volver á España, y que habían los sediciosos propagado artificiosamente la idea de que él y su hermano querían detener en la isla á los colonos por fines que convenían á sus interesadas miras. El 12 de setiembre expidió una proclama, ofreciendo libre pasaje, y provisiones para el viaje, á todos los que quisiesen volver ha España en cinco buques que iban á darse á la vela. Se prometía libertar así á la colonia de gente ociosa y pependenciera, mermando el influjo y poder de Roldan, al par que cobraba fuerzas con retener á su lado á los hombres de sano corazon, siempre decididos á conservar la tranquilidad de la isla.

Escribió al mismo tiempo á Miguel Ballester, el bizarro y fiel veterano que mandaba el fuerte de la Concepcion, aconsejándole estuviese sobre sí, pues se acercaban los rebeldes á su distrito. También lo autorizó para tener una entrevista con Roldan, ofrecerle perdon y olvido de lo pasado, con la condición expresa de que prometiese cumplir fielmente con todos sus deberes, y convidarlo á pasar á Santo Domingo, bajo solemne, y en caso de ser necesario, escrita promesa de seguridad personal. Colon era sincero en sus intenciones, de dispocion benévola y aplacable, y singularmente desposeído de toda mira vengativa hacia los muchos malvados que habían venido á porfía amarga hiel en su generoso corazon.

Ballester había apenas recibido esta carta, cuando empezaron á llegar los rebeldes al lugar de Bonaó. Estaba situado en este en un delicioso valle ó vega de mismo nombre abundante y bien poblado. Distaba mas de diez leguas de la Concepcion y veinte de Santo Domingo. D. Pedro Riquelme, que tenía magníficas posesiones en esta deliciosa comarca, era uno de los que capitaneaban la sedición, y así es que su vivienda se convirtió en el cuartel general de los rebeldes. Adrian de Mojica, hombre de turbulento y mal carácter, trajo su banda de disolutos rufianes á aquel punto de reunion. Roldan y otros conspiradores se acercaron también á él por diferentes caminos.

Apenas supo el veterano Miguel Ballester la llegada de Roldan salió á su encuentro. Ballester era uno de esos ancianos que en canecidos en la guerra, infunden religiosa veneracion; su aspecto y su conducta revelaban su buena índole de soldado, y reunía cierta severidad hija mas bien de un serio semblante que de insensible corazon. Su elección para apaciguador de gente audaz y libertina, fue acertada, pues podía con su probidad apaciguar las pasiones, y vencer con sus años el descafo de los petulantes, ganando á fuerza de sencilla probidad la confianza de aquella turba, y con pura virtud refrenando sus licencias.

Ballester halló á Roldan acompañado de Pedro Riquelme, Pedro de Gamaiz, y Adrian de Mojica, tres de sus principales confederados. Orgullosos y confiado en su fuerza oyó Roldan el ofrecido perdon con desprecio, declarando, que no venia á tratar allí de paz, sino á pedir la libertad de ciertos indios capturados injustamente, y que iban á embarcarse para España como esclavos, á pesar de que él, en calidad de alcalde mayor que era, había dado palabra de protegerlos. Declaró asimismo que hasta que se le entregasen los indios no escucharían proposiciones de pacto alguno; y haciendo alarde de poder dijo que tenía en su mano la suerte del Almirante, el cual había de supeditarse, porque con un suplo de sus lábios podría labrar ó destruir su fortuna.

Los indios á que aludía, eran ciertos súblitos de Guarionex, á quien Roldan habia incitado á no pagar los tributos, y que bajo la sancion de su supuesta autoridad, habian entrado en las insurrecciones de la Vega. Roldan, conociendo que la esclavitud no estaba bien mirada por el gobierno, y especialmente por la reina, enmascaró sus pretensiones y amaños con un disfraz humanitario, dando á conocer así la sagacidad de su carácter. Tambien entabló otras demandas en extremo insolentes; y declararon por fin los facciosos, que en las negociaciones ulteriores no tratarian con otro agente que con Carvajal, cuyo imparcial y recto juicio habian experimentado en sus comunicaciones con él en Jaragua.

Réplica tan arrogante al prometido perdon era totalmente distinta de la que esperaba el Almirante. Hallábase este en la mayor perplejidad. Rodeábanle falsia y traicion. Sabia que contaba Roldan con partidarios y amigos aun entre aquellos que blasonaban mas de su fidelidad; pero ignoraba hasta donde podrian extenderse las ramificaciones de la conspiracion. No tardó en ocurrir una circunstancia, que hizo ver cuán fundados eran sus temores. Dispuso que se presentase armada la gente de Sto. Domingo, para asegurarse de la fuerza con que en caso necesario podia salir al campo. Circuló inmediatamente el rumor de que iban á Bonaó contra los rebeldes. Solo setenta hombres tomaron las armas, y de estos no se podia contar con cuarenta. Uno afectaba estar cojo, otro enfermo; algunos tenian parientes, y otros amigos entre los compañeros de Roldan: casi todos manifestaron su repugnancia á aquel servicio.

Colon vió que el recurrir á las armas haria patente su debilidad y la fuerza del enemigo, y postraria en gran manera la autoridad y dignidad del gobierno. Era necesario transigir, por humillante que tal conducta pareciese. Los buques estaban anclados diez y ocho dias ya en el puerto esperando la ocasion favorable de llevar algún informe á la córte luego que la rebelion se hubiese extinguido. Las provisiones de los buques se estaban consumiendo. Los prisioneros indios á bordo se hallaban acosados de enfermedades, á las que muchos de ellos sucumbian; algunos se echaron al agua; á otros los sofocó el calor en los camarotes de los buques. Tambien deseaba, que antes que hubiese alguna conmocion, saliesen para España cuantos descontentos colonos fuese posible.

El 18 de octubre se dieron los buques á la vela. Colon escribió á los soberanos, haciéndoles partícipes de la rebelion, y del perdon que habian rehusado. Como Roldan queria dar á aquel suceso la apariencia de una mera querrela entre él y el Adelantado, de que el Almirante no era juez imparcial, pedia este que se mandase ir á Roldan á España, y que fuesen sus magestades jueces; ó que se instalase una investigacion en presencia de Alonso Sanchez de Carvajal por una parte, como amigo de Roldan, y de Miguel Ballester por otra. En gran parte atribuia la dolorosa situacion en que se encontraba la isla á su larga permanencia en España, y á los obstáculos que mal de su grado le opusieron los mismos que interesarse debian en su regreso, retrasando así la conduccion de víveres, hasta reducir la colonia á la mayor escasez. De esta se habia originado el descontento, los motines y finalmente la rebelion. Pedia á sus magestades, del modo mas vehemente, que no olvidasen los negocios de la colonia, y que los que tenian en Sevilla el cargo de cuidar de ellos, recibiesen órdenes para no poner obstáculos en vez de dar ayuda. Aludía á su castigo del despreciable Jimeno Briviesca, el insolente favorito de Fouseca; é instaba fervorosamente para que ni esta ni otra causa le robasen la confianza de los reyes; tanto mas cuanto que hombres de intencion perversa se gozaban en desfigurar los hechos. Les aseguró que los recursos naturales de la isla eran suficientes, bien

manejados, para satisfacer todas las necesidades de los colonos; pero que eran estos indolentes y libertinos. Propuso enviar en cada buque, como lo hacia en aquellos, algunos de los ociosos y descontentos, que debian ser destituidos por gentes industriosas y sóbrias. Tambien pidió que se le enviasen eclesiásticos para la instruccion y conversion de los indios; y lo que era quizá mas necesario, para la reforma de los disolutos españoles. Requeria tambien que un hombre docto y experimentado en las leyes viniese á actuar como juez en la isla, junto con algunos oficiales de la hacienda real. Nada mas racional y político que tales proposiciones; pero desgraciadamente una cláusula mancillaba la excelencia moral de esta carta. Demandaba que se castigase á los indios prendidos en escaramuzas y sediciones, prolongando por espacio de dos años su condicion de esclavos. Solo las ideas dominantes en aquel siglo podian justificar tamaña crueldad, que desdecia de la buena índole de Colon, y de sus paternos sentimientos hacía aquella gente infortunada.

Al mismo tiempo escribió otra carta, dando cuenta de su reciente viaje, acompañada de un mapa, de muestras de oro, y principalmente de las perlas recogidas en el golfo de Pária. Llamaba la atencion hácia estas, como las primeras halladas en el Nuevo-Mundo. En esta carta era en donde describia la tierra firme recién descubierta con entusiasmadas palabras, como la region mas favorecida del Oriente, manantial de inagotables tesoros, y supuesto asiento del paraíso terrenal; prometia seguir sus descubrimientos de aquellos gloriosos países con los tres buques que le quedaban, así que pudiese resolver las cuestiones pendientes, y acallar las contiendas suscitadas en la isla.

Por los mismos buques tambien Roldan y sus amigos enviaron cartas á España, esforzándose en justificar la rebelion, acusando al Almirante y á sus hermanos de opresiones é injusticias, y pintando su conducta con los mas negros colores. Es de suponer que las representaciones de tales hombres se tuviesen en poca estima, y en nada hiciese mella á los méritos y exaltados servicios de Colon; pero contaban con numerosos amigos y parientes en España, tenian las preocupaciones populares á su favor, y gozaban la confianza de los soberanos personas capciosas, prontas á abogar por su causa. Colon, para usar sus propias palabras, expresivas aunque sencillas, estaba ausente y envidiado, y era extranjero en el país.

CAPITULO III.

COMPOSICION CON LOS REBELDES.

(1498.)

HABIENDOSE dado á la vela los buques para España, continuó Colon su negociacion con los rebeldes. Estaba decidido á poner fin á la revuelta á costa de cualquier sacrificio; porque hasta verla concluida, no solo los asuntos de la isla continuarian su desgraciado curso, sino que podian servirle de remora para seguir sus descubrimientos tan felizmente comenzados. Sus buques yacian ociosos en el puerto, en tanto que debian estar explorando una region de inagotable riqueza. Habia pensado mandar á su hermano á concluir aquella expedicion; pero el activo y militar espíritu del Adelantado hacia su presencia indispensable, en caso de que intentasen los rebeldes alguna violencia abierta. Tales eran las dificultades que tenia que vencer á cada paso de sus generosas y magnánimas empresas, impedidas unas veces por las insidiosas intrigas de astutos empleados, refrenadas otras por la insolente turbulencia de un puñado de rufianes.

Colon tuvo varias y concienzudas consultas con

las personas mas influyentes en la isla. Vió que se atribuia gran parte del descontento popular á la estrecha gobernacion del Adelantado, á quien acusaban de administrar justicia con mano demasiado rigorosa. Las Casas, que tuvo ocasion de examinar los documentos que manifestaban la conducta seguida por el Adelantado, le absuelve de semejantes cargos, y asegura que su comportamiento con Roldan no pudo ser mas recto y moderado. Colon, por opinion de sus consejeros y por los impulsos de su corazon benigno, resolvió obrar con lenidad absoluta. Escribió á Roldan una carta en fecha 20 de octubre, concebida en los términos mas cordiales, recordándole favores pasados y expresando la afliccion que habia sufrido al hallar tal feudo entre él y su hermano. Le pidió por el bien comun y por su propia reputacion, que estaba bien puesta con los soberanos, no persistiese en su rebeldía. Repitióle de nuevo que él y sus compañeros se le podian presentar, dándole segunda palabra de considerarse como inviolables sus personas.

Hubo bastante dificultad en la eleccion de un mensajero que llevase esta carta. Los rebeldes habian decidido no recibir mas mediador que Alonso Sanchez de Carvajal. Pero existian muchas dudas en el ánimo de los que rodeaban á Colon, en cuanto á la fidelidad de aquel oficial. Observaban que habia permitido á Roldan permanecer dos dias á bordo de su carabela en Jaragua; que le habia provisto de armas y provisiones; que no le habia detenido á bordo despues de saber que era rebelde; que no se habia esforzado en perseguir y capturar; que le habian escoltado los rebeldes hasta Santo Domingo; y él les habia enviado refrescos á Bonaó. Se alegaba, ademas, haberse llamado Carvajal colega de Colon, señalado por el gobierno para vigilar su conducta é intervenir en ella. Se supuso que al aconsejar á los rebeldes se aproximasen á Santo Domingo, habia pensado, en caso de que el Almirante no llegase, unir su pretendida autoridad de colega á la que como alcalde mayor debia ejercer Roldan, y apoderarse del mando. Finalmente, el deseo manifestado por los insurgentes de que se les mandase como mediador venia á dar visos de probabilidad á tales conjeturas, y hasta se llegó á decir que intentaba juntarse como jefe, y de que se pensaba levantar en Bonaó el estandarte de la rebelion. Estas circunstancias hicieron caer en la incertidumbre á Colon; pero reflexionaba que Carvajal, en cuanto le habia sido posible observar su conducta, se habia comportado como hombre de honor é íntegro; las mas de las circunstancias que se presentaban contra él, podian convertirse en favor suyo; los otros eran meros rumores, y desgraciadamente conocia por experiencia propia la lamentable facilidad con que puede empañar la calumnia los corazones mas virtuosos, y las empresas mas santas. Desechó, pues, de una vez toda sospecha, y resolvió confiar implícitamente en Carvajal; ni tuvo jamas motivo para arrepentirse de su confianza.

No bien hubo el Almirante despachado esta carta, cuando recibió otra de los cabecillas de la faccion, escrita muchos dias antes que la suya. En ella no solo se vindicaban del cargo de rebeldía, sino que se atribuian el mérito de haber disuadido á sus gentes de asesinar, como pensaban, al Adelantado, en venganza de sus opresiones, y persuadidos á que aguardasen pacientemente la justicia del Almirante. Habia transcurrido cerca de un mes desde su arribo, y los insurgentes esperaban ansiosos su determinacion; pero se dolian de que solo vertiese odio contra ellos, no obstante, segun su entender, haber remediado muchos males, y evitado otros de gran trascendencia. Declaraban, por consecuencia, que su honor y su seguridad requerian que se separasen de su servicio, para lo cual le pedian la correspondiente licencia. Tenia esta carta la fecha de Bonaó 17 de octubre, y

la firmaban Francisco Roldan, Adrian de Mojica, Pedro de Gamez y Diego de Escovar.

Entre tanto llegó Carvajal á Bonaó, acompañado por Miguel Ballester. Hallaron á los rebeldes llenos de presuncion y arrogancia. Pero la carta conciliadora del Almirante, secundada por las vehementes persuasiones de Carvajal y los virtuosos consejos del veterano Ballester, tuvieron efecto favorable con varios de los jefes mas inteligentes que sus brutales subalternos. Roldan, Gamez, Escovar y otros dos ó tres estaban dispuestos á ir á ver al Almirante. Estaban ya montados para emprender su expedicion, cuando les detuvo el general clamoreo de sus parciales, que reprochaban su partida. Tenian ya particular apego á aquella vida indolente y licenciosa, no siendo fácil que se resignasen á trocarla por otro género de vida, que habia de imponerles la moralidad y el trabajo. Decian que era asunto que á todos les importaba: cualquier composicion que se hiciese, debia por lo tanto ser en público, por escrito y sujeta á su aprobacion y censura. Uno ó dos dias pasaron antes de poder acallar sus clamores. Roldan escribió entonces al Almirante, que no le permitian sus gentes pasar á verle, á menos que se le enviase un pasaporte, ó salvo-conduto escrito, prometiéndole proteccion personal á él y á sus compañeros. Miguel Ballester escribió al Almirante una carta de cautelosos y concienzudos consejos, exigiéndole que se aviniese á cualquier demanda que entablasen los insurrectos, sin pararse mucho en las condiciones del convenio. Decia que se aumentaban sus fuerzas continuamente con nuevos desertores, incluso muchos soldados de su propia guarnicion. Opinaba que si no se ponía coto por cualquier medio á aquellos desmanes, estaban en peligro, no solo la autoridad, sino tambien la persona del Almirante; porque aunque los hidalgos, oficiales y domésticos inmediatos de Colon moririan por él sin duda, temia que se pudiese contar muy poco con la generalidad de sus allegados.

Colon conoció la urgencia del momento, y mandó sin tardanza el requerido pasaporte. Roldan llegó á Santo Domingo; pero mas dispuesto mostraba estar á encender odio y guerra, reclutando nuevos guerrilleros, que no á apagar las contiendas con una pronta reconciliacion. Tuvo varias entrevistas con el Almirante, y se escribieron muchas cartas. Dió muchas quejas, y pidió mucho: Colon concedió profusamente; pero algunas de sus pretensiones eran demasiado arrogantes para ser admitidas. Nada quedó en último resumen arreglado. Roldan partió so pretexto de ir á consultar con sus soldados, prometiéndole mandar sus peticiones por escrito. El Almirante envió para que tratase por él á su mayordomo Diego de Salamanca.

El 6 de noviembre escribió Roldan una carta desde Bonaó, poniendo en manifestacion sus condiciones, y pidiendo se le enviase á la Concepcion la respuesta; pues la carencia de provisiones le obligaba á salir de Bonaó. Añadió que esperaria contestacion hasta el lunes inmediato (el 11). Aquella carta saturada de amenazas imponia condiciones humillantes, que era imposible de todo punto aceptar. Colon no pudo convenir en acceder á tales proposiciones; mas para manifestar su benignidad, y quitar á los rebeldes toda escusa de rigor, hizo fijar una proclama por treinta dias á las puertas de la fortaleza, prometiéndole pleno y completo olvido de lo pasado á Roldan y á sus compañeros, ó á cualquiera de ellos que volviese al servicio de la corona, y se presentase á la autoridad legítima en el término de un mes; ofreciendo, ademas, libre paso á todos los que quisiesen volver á España; y amenazando aplicar el rigor de la ley contra los que no se presentasen en el predicho término. Envío copia de este papel á Roldan por medio de Carvajal, con una carta manifestando la imposibilidad de acceder á sus condiciones; pero prometiéndole convenir en cual-